

vorosa. Las damas bajaron, y extremaron sus demostraciones de agradecimiento.

—Ahora, tortolillas—dijo el gascón,—el camino está libre. Podéis ir tranquilamente á París, mientras nosotros proseguimos nuestro paseo.

—¡Nada de eso!—objetó la Nivelles.—Nos habéis salvado, y os robamos. Alguna vez se habían de trocar los papeles. Además, que podemos ser atacadas de nuevo. ¡Venid!

Los diestros se rascaron las orejas respectivas.

—¡Diablo!—replicó Cocardasse—Es que...

—Sí; es que...—repitió perplejo y como un eco el normando.

Las damas insistieron de tal modo, que Passepoil comenzó á flaquear en su decisión, y acabó por arrastrar á su compañero á acompañar á las artistas. No opuso, pues, resistencia para dejarse meter en la carroza, y Cocardasse tomó asiento en el segundo vehículo, pensando que las actrices de la Ópera representaban algo aquella noche, no obstante haber afirmado Chaverny lo contrario.

La historia dice que llegaron sin otro tropiezo alguno á París; pero en ninguna de las *Memorias* de aquella época—los dos diestros no tuvieron tiempo de escribir las suyas—se dice palabra del fin que tuvo la aventura que aca-

banos de relatar. Sólo conjeturamos que no debió de ser un final desagradable en lo más mínimo, porque ni Cocardasse ni Passepoil tuvieron nunca la menor palabra para lamentarse de él. Al contrario.

## IV

## Chismes y cuentos

Volvamos nuestra atención por unos momentos á dos antiguos conocidos; á Francisca Berrinchón, á la cual hemos dejado consumirse con sus cacerolas mientras Lagardère buscaba á su novia en España, y á su nieto Juan María.

Hemos conocido á éste simplón, cándido, parlanchín y dejándose fácilmente engatusar por las comadres de la vecindad, á quienes contaba todo lo que sabía, creyendo de buena fe que les tomaba el pelo. Pero ya se sabe el poco tiempo que requiere para transformarse un bobalicón de catorce ó quince años en un pilluelo parisiense descarado y socarrón. Con no tener mucho que hacer, la ciudad por campo de experiencia y algunos amigotes en el arroyo, cátese efectuada la transformación.

Así es que, sin haber crecido mucho, Juan María Berrinchón aumentó grandemente en malicia desde que no tuvo nada que hacer en la calle del Chaptre por la ausencia de maese Luis y de su pupila. Su abuela habló de hacerle aprender un oficio; pero él sabía ya el que deseaba profesar, y que se reducía á corretear por las calles é ir á presenciar la instrucción de la Guardia francesa.

La desaparición súbita de maese Luis, del jorobado y de la joven misteriosa puso en conmoción á todas las comadres. La Balahault, la Guichard, la Moriu, Durand, la Moynoret, la mantequera, todas las tenderas del barrio se morían de curiosidad, y sólo Berrinchón podía satisfacerla. Por eso se vió mimado, acariciado, atendido cariñosamente por aquellas curiosas, que ponían en juego toda su diplomacia para obligarle á charlar.

Algunas recurrieron al soborno y le atacaron por su flaco, la glotonería; como la mantequera, por ejemplo, que le hartaba de tortas, y la tabernera, que le daba excelentes caldos y alguna copilla. Otras usaban de los medios á su alcance: la Moynoret, portera, le peinaba y rizaba el pelo, y le regaló un soberbio cinturón; otra le remendó y dejó casi nuevos los calzones; la de más allá le regaló un cuello para el invierno, forrado de la piel auténtica de un gato suyo de

Angola, cuyo prematuro fallecimiento había llorado durante seis meses.

Juan María encontraba cierta voluptuosidad en dejarse mimar y engolosinar; pero no soltaba prenda, si bien daba esperanzas de averiguarlo todo de un día para otro. Al fin la Guichard se cansó y le dijo que aquello era una burla.

El pillete se mostró ofendido, y salió diciendo que ella lo perdería.

Al día siguiente supo con gran contrariedad que estaban todas citadas en casa de la mantequera aquella noche para oír las revelaciones de Juan María.

—¿Qué habéis hecho á ese ángel?—preguntó socarronamente la Moriu.—Ha dicho que si veniais vos, no hablaría.

—¡Es posible, gran Dios! Á lo menos, me contaréis lo que os cuente.

—¡Ni lo penséis! Nos lo ha prohibido terminantemente.

—¡Granuja! Ha tomado á mal lo que le dije, y ya sabéis todas que nunca digo nada con mala intención. ¡Si pudiera verle!...

Berrinchón se guardó bien de presentarse en escena; y cuando al otro día pasó por la puerta de Guichard silbando una canción de moda y con las manos en el bolsillo, hizo oídos de mercader á los reiterados llamamientos de la vendedora.

—¡Ah, víborilla! ¡Ya me lo pagarás!—gruñó ella furiosa.

La mantequería se llenó de vecinas para escuchar á Juan María. La dueña de la tienda enviaba al Diablo á su clientela. El pilluelo, para ponerse en voz, se bebió un cuartillo de leche fresca, y después de relamerse los labios comenzó así, demostrando lo grave de sus revelaciones:

—¿Me prometéis no decir á mamá Francisca palabra de lo que voy á contaros?

—Lo juramos.

—¿No decir á alma viviente, ni siquiera á un gato, lo que os cuente?

—Seremos mudas como carpas.

—Bueno; pues oid: el jorobado...

—El jorobado... ¿qué?

—¿Habéis oído hablar del Mississipi, en honor del cual dió un baile el Regente?

—¡Ya lo creo! ¿Y qué?

—Pues que el jorobado era un *mississippiense*.

—¡Jesús, Dios mío! ¿Y son herejes?

—¡Mil veces peor que los herejes!—continuó el granuja, que hacía grandes esfuerzos para no reirse—¡Un *mississippiense*!

—¿Y maese Luis?

—Era lo mismo. Figuraos que la joroba del jorobado era toda de oro macizo, y cuando se la quitaba de encima se convertía en maese Luis.

—¡Era muy listo!

—Pero ¿y la joven señorita?

—¿No era una señorita?

—¿Era una señora?

—Tampoco era señora.

—Pues mujer sí era, porque cantaba.

—No era mujer.

—¡Tú quieres tomarnos el pelo! ¿No era mujer?

—¡Cuando os digo que no!

—Pues ¿qué era?

—Una muñeca mecánica.

La estupefacción estuvo á punto de hacer caer á varias de espaldas. La portera se adelantó, se puso en jarras y exclamó:

—¡Oye tú, chiquillo! ¡Á mí no me vengas con tonterías! Yo sé cómo son las mujeres, ¿oyes?, y á aquélla yo la he visto asomada á la ventana, y era de carne y hueso.

—De oro os digo. Y, después de todo, si no me creéis, id á reuniros con la Guichard.

—¿Cómo hacía, pues, para cantar?

—¡Ah, cáspita! Eso es brujería. Pues también me hablaba y me acariciaba, y yo creía que eran sus brazos de carne, y... ¡no señor!... eran de oro.

—¿Te hablaba? ¿Y qué te decía?

—Una infinidad de cosas dulces y amables, que serían largas de contar. Además, cantaba,

—¡Ah, víborilla! ¡Ya me lo pagarás!—gruñó ella furiosa.

La mantequería se llenó de vecinas para escuchar á Juan María. La dueña de la tienda enviaba al Diablo á su clientela. El pilluelo, para ponerse en voz, se bebió un cuartillo de leche fresca, y después de relamerse los labios comenzó así, demostrando lo grave de sus revelaciones:

—¿Me prometéis no decir á mamá Francisca palabra de lo que voy á contaros?

—Lo juramos.

—¿No decir á alma viviente, ni siquiera á un gato, lo que os cuente?

—Seremos mudas como carpas.

—Bueno; pues oid: el jorobado...

—El jorobado... ¿qué?

—¿Habéis oído hablar del Mississipi, en honor del cual dió un baile el Regente?

—¡Ya lo creo! ¿Y qué?

—Pues que el jorobado era un *mississippiense*.

—¡Jesús, Dios mío! ¿Y son herejes?

—¡Mil veces peor que los herejes!—continuó el granuja, que hacía grandes esfuerzos para no reirse—¡Un *mississippiense*!

—¿Y maese Luis?

—Era lo mismo. Figuraos que la joroba del jorobado era toda de oro macizo, y cuando se la quitaba de encima se convertía en maese Luis.

—¡Era muy listo!

—Pero ¿y la joven señorita?

—¿No era una señorita?

—¿Era una señora?

—Tampoco era señora.

—Pues mujer sí era, porque cantaba.

—No era mujer.

—¡Tú quieres tomarnos el pelo! ¿No era mujer?

—¡Cuando os digo que no!

—Pues ¿qué era?

—Una muñeca mecánica.

La estupefacción estuvo á punto de hacer caer á varias de espaldas. La portera se adelantó, se puso en jarras y exclamó:

—¡Oye tú, chiquillo! ¡Á mí no me vengas con tonterías! Yo sé cómo son las mujeres, ¿oyes?, y á aquélla yo la he visto asomada á la ventana, y era de carne y hueso.

—De oro os digo. Y, después de todo, si no me creéis, id á reuniros con la Guichard.

—¿Cómo hacía, pues, para cantar?

—¡Ah, cáspita! Eso es brujería. Pues también me hablaba y me acariciaba, y yo creía que eran sus brazos de carne, y... ¡no señor!... eran de oro.

—¿Te hablaba? ¿Y qué te decía?

—Una infinidad de cosas dulces y amables, que serían largas de contar. Además, cantaba,

lloraba, reía, se sonaba las narices, comía, bebía, movía los ojos, los brazos... ¡Y pensar que todo eso no era carne, sino oro!

—¡Cosa del Diablo! ¡Ya me lo sospechaba yo! —exclamó la Balahault. Ya os dije que debíamos denunciarlos. ¿Cómo no los denunciaste tú?

—¿Y yo qué sabía? Yo creía que todo era verdad; y luego, que yo no soy como madame Moynoret, que sabe cómo son las mujeres.

—¿Y cómo hacía para hablar y cantar?

Juan María levantó un dedo en el aire, se inclinó como si fuera á confiarles un gran secreto, que todas aguardaban boquiabiértas, y dijo en voz baja:

—Tenía una máquina llena de resortes en el pecho.

Gritos de estupefacción: la Bertrand opinó que era cosa de brujería. Juan María se permitió gozar breves momentos con la estupidez de aquellas mujeres, y después de saborear un rato el triunfo de su mentira dijo:

—Hay una cosa que os sorprendía mucho: porque no ponía los pies fuera de casa. Y ahora yo sé porqué.

—¿Por qué?

—Muy sencillo; porque no tenía pies.

—¿Qué no tenía pies? ¿Y cómo andaba por casa?

—Á saltos, como los gorriones; así.

Y el granuja se puso á evolucionar, metiendo de paso los dedos en un tarro de crema y chupándose los disimuladamente.

—¿Y sabéis por qué no tenía pies? Pues porque el jiboso no tenía bastante oro en su jiba para hacérselos. Fué á pedirselo prestado á M. Law, y éste sólo tenía acciones, que ya se sabe para que sirven.

—¿Y qué hizo entonces el jorobado?

—Pues desmontó á la señorita pieza por pieza, la metió en un baúl, y se fué al Mississipi á buscar el oro que necesitaba.

—Si llegan á quedarse—exclamó la Balahault agresivamente, porque ya no había nada que temer,—la denuncio, y hacemos fundir el oro en la hoguera de la plaza de Grève.

—¡Bah! Ya prendieron al jorobado y le llevaban entre guardías á la picota, y no se sabe que fué de él—replicó otra vecina.

—¡Chitón! No habléis de él, porque volverá. Los magos vuelven siempre.

—¿Y tú irás á verle cuando vuelva?

—Sí, pero un momento no más; el tiempo justo para asegurarme desitiene ya pies la señorita, y luego ¡adiós, que es tarde! Me vuelvo, y me llevo á la abuela al otro extremo de París.

—Bueno: ¿y cómo es que tu abuela no sabe nada de eso?—preguntó la portera, que se

creía lista y tenía sus dudas sobre la verdad del relato?

—Primero, porque, dedicada por entero á las cacerolas, no se preocupaba de nada; segundo, porque no miraba por debajo de las mesas y por los ojos de las cerraduras; tercero, porque no sabe leer.

—¿Y qué tiene que no sepa leer?

—Pues mucho: que yo leí un papel que se dejó olvidado el jiboso, y en el cual constaba toda la historia.

—¿Y qué más, rico?—preguntó la mantequera.

—Pues el papel se me quemó entre los dedos, sin que hubiera fuego por ninguna parte.

—¡El fuego del Infierno!

—¡Ah, granujal! ¡Y has metido los dedos en la crema!

—No tengáis cuidado. ¡Los pasé antes por el agua bendita!

—¿Y no te quemaste?

—Un poco, y aún me huelen un poco á chamuscados; oled, y veréis.

La mantequera se preparó á tirar la crema con su tarro.

—¡Dádmela, y ya tiraréis después el tarro!

—No quiero; te poseerá el Demonio.

—No, señora. El Demonio sólo posee á las mujeres.

Y el pilluelo se atiborró de excelente crema fresca mientras las comadres hacían sus comentarios. Cuando terminó dijo:

—Bueno; ahora buenas noches, y no contéis la historia á nadie, si queréis que otro día os cuente otras cosas maravillosas.

Al día siguiente todas las comadres comentaban las revelaciones, y Juan María pasaba por en medio de ellas como un triunfador. Estaban muy regocijadas por la marcha al Mississippi del jorobado; pero no había una que no deseara volver á verle siquiera una vez.

Lo que no obsta para que si le hubiesen visto de pronto doblar la esquina de la calle del Chartre se hubieran recludo como topos en el rincón más profundo de sus viviendas.

## V

### Batalla de damas

Hay laureles en los cuales se duerme uno; pero también los hay que no dejan dormir. El nieto de la señora Francisca no pudo dormir mucho sobre los suyos, porque entre las comadres que creyó pavas la había mochuelos con pico y uñas.

Inútil es decir que la Guichard no tardó en conocer todo el cuento, y que las que lo oyeron de boca de Juan María no pudieron callarlo mucho y se lo contaron hasta á sus maridos, que al principio se rieron mucho, pero al cabo no pudieron menos de convencerse algo. De puerta á puerta saludábanse con misterio, procurando averiguar si sus vecinos estaban enterados.

—Había que ver si no son cuentos los de jorobado y la dama de oro.

—¡Se exagera mucho!

Tal era la conclusión de los hombres. Pero las mujeres dejaban correr su fantasía.

—Dicen que cometió sacrilegios.

—El jiboso tenía parentesco lejano con el Diablo.

—Dicen que la nariz de la señorita estaba hecha de un copón de oro robado en la Abadía de San Germán de los Prados.

—Y sus ojos eran de piedras finas que adornaban un caliz de San Medardo.

—Y la bodega de la casa del jorobado está llena de huesos de cristianos.

—Huesos de niños; sí, señora.

—Y celebraban la misa negra.

Las vendedoras abandonaban sus tiendas para apostarse delante de la casa de la calle del Chartre donde vivió maese Luis.

En poco tiempo el corro se hizo tan grande, que llamó la atención de la policía. Un sargento quiso enterarse, y preguntó á la Guichard. No podía caer en mejores manos. Los ojillos de la comadre brillaron de placer: iba á vengarse del granujilla.

Antes de responder tosió, escupió, se limpió las narices con la manga del corpiño, y comenzó á relatar la famosa historia, corregida y aumentada á su antojo: sacrilegios, asesinatos, misa negra, todo cuanto había oído, y lo más horrible y espeluznante que pudo improvisar. Las vecinas que la escuchaban boquiabiertas como si oyeran por primera vez el relato, se estremecían de horror.

Tanto dijo, que el sargento se mostró incrédulo, pues á fuerza de amontonar horrores, resultaba inverosímil; pero concluyó por dudar, y aun por creer en vista de las afirmaciones sinceras y formales de todas. En esto, sorprendido por tanta bulla, Juan María se asomó á la ventana, y al verle la Guichard, satisfecha por tomar venganza, le designó al sargento. Berrihón no previó el desenlace de su cuento.

—Ved: ese muchacho lo sabe todo. Servía de criado al verdugo, al cincelador de Satanás y á la dama embrujada.

Y le llamó: el pillete enseñó descaradamente la lengua á la Guichard; pero una seña impe-

riosa del sargento le indicó que debía bajar. Así lo hizo con las orejas gachas y con cierto temor de que le midiesen las costillas harto dolorosamente.

El sargento era una especie de Hércules. Cogió al pilluelo por el cuello de su jubón y le atrajo á sí delicadamente, procedimiento que no dejó de intimidar á Juan María. Trató de negar; pero no podía luchar contra las afirmaciones de todas aquellas comadres, tanto más encarnizadas cuanto que se trataba de un niño.

Entonces trató de huir desliziéndose por entre las piernas de sus adversarios; pero el círculo era compacto, y diez manos le rechazaron al centro. Esto le trastornó de tal modo, que se hechó á temblar, y sólo pudo responder tartamudeando frases sin sentido.

El alboroto atrajo á Francisca Berrichón á la ventana, y al ver á su nieto en manos de la policía, se lanzó como una tigresa, hendió el círculo, rodeó con sus desnudos y rojos brazos al chico, y...

—¿Qué hay?—exclamó con cólera—¿Qué queréis á mi pequeño?

Una carcajada de las vecinas le respondió.

—¡Es mi nieto, soy su abuelal y que nadie le toque! ¡No faltaba más!

—Es la cocinera del brujo jiboso—dijo alguien al oído del sargento.

Éste hallábase perplejo: ni el muchacho ni la vieja tenían trazas de malvados; pero como algo estaba en la obligación de hacer, y allí con aquella gritería no podía entenderse y poner nada en claro, llamó á unos guardias, puso una pareja para custodiar la casa de los Berrichón, y se llevó á éstos al domicilio del teniente de policía, prohibiendo á las comadres que los siguieran.

Las comadres, furiosas, comenzaron á lanzar frénéticos gritos:

—¡La muerte en la plaza de Grève á los asesinos!

—¡Á la hoguera con los brujos!

—¡Preparad los mosquetes!—ordenó el sargento á sus soldados.

Esta amenaza produjo el efecto acostumbrado: los gritos cesaron.

El sargento les intimó entonces que se fueran cada una á su casa, so pena de hacer fuego, y, aunque á regañadientes, obedecieron.

Mamá Francisca no comprendía lo que ocurría, y trató de protestar contra su detención; pero hubo de doblegarse. Juan María comprendía, en cambio, demasiado, y tenía ganas de llorar. En su imaginación veíase ya encerrado en un calabozo de la Bastilla. Y más

se afligía al oír la desesperación de su abuelita, que se encomendaba á todos los santos y santas de la corte celestial.

Mientras tanto la Guichard peroraba en la mantequería.

—La verdad es—dijo la Moynoret, presa de un escrúpulo—que habéis hablado de más. El pequeño no dijo tanto.

—Yo he repetido lo que vosotras me constasteis.

—¡Nosotras! ¡Mentira!

—Es que vos tenéis la lengua demasiado larga, señora Guichard.

—¡Ven á cortámela tú, si te atreves!

—Ten por seguro que te la cortarán.

—¡Sois unas insolentes!

—¡Y vos, una deslenguada!

—¡Repítelo!

Sonó una bofetada soberana, dada por la mantequera á la Guichard, y fué la señal del combate. Ya se sabe lo que es una riña de mujeres. Los hombres la contemplaban regocijados por aquel espectáculo; pero no intervenían para apaciguarlas ni defender á las zurradas, á pesar de los gritos de socorro, mezclados con chillidos, denuestos y palabras tabernarias.

Cuando la Guichard salió de la mantequería, despeinada, con los ojos escaldados por el llanto, la ropa hecha jirones, los brazos amo-

ratados á pellizcos y bien-caliente el cuerpo por la paliza, corrió á encerrarse en su casa.

¡Lástima que no hubiese podido verla Juan María!

Pero tenía que hacer en otra parte. Hallábase en presencia de M. de Machault, que trataba de desembrollar algo que el sargento no acertaba á explicarle. No fué mucho más feliz dirigiéndose á Francisca. La pobre no sabía sino que había visto á las vecinas como fieras en torno de su nieto y había volado á su defensa. El chiquillo no pudo contenerse y la abrazó pidiéndole perdón.

—¡Veamos; explícate tú!—le dijo el teniente de policía, adivinando que todo aquello no era más que una chiquillada.

Juan María cobró confianza, aunque conservando su aspecto desolado, y empezó á narrar minuciosamente lo ocurrido.

—Si hubiera supuesto lo que iba á suceder y que ibas á tomarte tal disgusto por mí, mamá Francisca, á buen seguro que les hubiese dicho ni una palabra.

—Si á lo menos eso te sirviera de escarmiento para no charlar...

—Á buen seguro que me servirá. Yo te lo prometo, abuela; y también al señor.

El teniente de policía se reía; se reía con toda su alma. ¡Todo un barrio puesto en con-

moción por los cuentos absurdos de un chiquillo! Y saboreaba ya de antemano lo que el suceso divertiría al Regente, tan amigo de alegrarse, y que tan pocas ocasiones de ello tenía. Sin embargo, no por eso amonestó menos severamente al chiquillo, creyendo, como su abuela, que no debía animarle en aquel camino.

—¡Que no vuelva á oír hablar de ti en mi vida, bribonzuelo, ó lo mejor que te sucederá será recibir una mano de azotes que te pongan morado el cuerpo! En cuanto á vos, señora, os aconsejo que os trasladéis de barrio, si no queréis tener disgustos con los vecinos.

El sargento que fué testigo de la furia y conmoción de aquellas mujeres por una mentira tan necia reservaba todas sus simpatías para el autor de la fábula y conservaba la seriedad por pura disciplina.

Al día siguiente la Berrichón y su nieto se fueron con madame de Nevers, como estaba convenido. Nadie se metió ya con ellos, pues las comadres, á pesar de su asombro al saber su libertad, ignoraban que fueron víctimas de una farsa, y no lo averiguaron hasta algunos meses después.

Por supuesto, Juan María se guardó muy bien de volver á pasar por la calle del Chartre, temiendo, con gran fundamento, las cari-

cias de las cacerolas, tenazas y escobas de las comadres burladas.

## VI

**Berrichón quiere una espada.**

Durante la permanencia de la duquesa viuda de Nevers en Bayona la Berrichón y su nieto permanecieron en París, sin otra ocupación, Juan María, que vagar por calles y plazas.

Verdadera gaceta ambulante, solía estar mejor informado de los sucesos de la capital que el mismo teniente de la policía. Mirando y curioseando por todas partes, sin preocuparse de la temperatura ni del tiempo, dirigíase con frecuencia hacia el barrio de las Escuelas, parándose al menor incidente y enterándose de todo. Nadie como él para poner orden en una confusión de carruajes ni para hacer cualquier encargo urgente en cualquier punto de París.

Como había renunciado á las burlas en vista del mal éxito de la última que dió á las comadres de la calle del Chartre, amable y complaciente se había creado amigos en todas partes.

Con tal que no le exigieran un trabajo regular, podía pedirsele cualquier cosa. Pero tenía en mucho su libertad personal, y no quería